

BRINDIS

RECITADO EN EL BANQUETE QUE SIGUIÓ Á LA CONSAGRACIÓN EPISCOPAL
DEL ILLMO. SR. DOCTOR D. PRÓSPERO M. ALARCÓN,
ARZOBISPO DE MÉXICO, EL 7 DE FEBRERO
DE 1892.



ILLMO. SEÑOR:

Habría deseado esta mañana, en los momentos en que iba á bañar vuestra cabeza con el óleo sacrosanto, dirigiros, en el altar mismo, algunas palabras de estímulo y felicitación. Circunstancias que ninguno de los presentes ignora, hicieron que, tanto vos como yo, juzgáramos que el silencio era lo mejor; y la augusta ceremonia se verificó sin que mis labios profirieran otras sentencias que las que prescribe la sagrada liturgia. Pero ¿cómo callar en un día tan solemne? Ya que nada os dije al presentaros mi propio cáliz, para que en él apurarais el místico vino, convertido en la Sangre de Nuestro Redentor, permitidme al menos que en esta ágape cristiana, al juntar mi copa con la vuestra, brinde por vuestro próspero gobierno, y revele á los circunstantes algunos incidentes que moverán á todos á rogar por vos, y á admirar los designios de la Providencia.

Después de la gloriosa muerte de Judas Macabeo, los amigos del egregio difunto se congregaron (según nos

narra la Escritura) y dijeron á Jonatás: Desde que murió tu heroico hermano, no hay otro varón que se le asemeje, no hay otro jefe que nos pueda conducir al campo de batalla, sino tú, que unido á él por los vínculos de la sangre, fuiste también su compañero en los combates y en las marchas, en los triunfos y en los reveses. Te elegimos, por tanto, en este día faustísimo, para que seas nuestro caudillo y nos conduzcas valeroso á combatir en las santas batallas por nuestro Dios y por nuestra nación.

Tal acaeció á la muerte del insigne Prelado, que no nos avergonzamos de llorar aún en medio de este convite. Los principales Prelados de la Iglesia Mexicana, las más altas dignidades del clero de la Capital, os dijeron como en otro tiempo á Jonatás: ¿Quién sino vos será capaz de ocupar el altísimo puesto que la muerte ha dejado vacante en el solio de la Metrópoli Mexicana? ¿Quién sino vos será digno de reemplazar al Pastor eminente que por tantos años gobernó con tal sabiduría la primera diócesis del país, que tanto influjo ejerció sobre los demás Prelados, que con tanto tino se atrajo aun á los enemigos de la fe? El clero os conoce y os ama, el pueblo cristiano os estima y obedece, los que están fuera del redil ni os odian ni os temen. Queremos, por tanto, que seais nuestro jefe, y vamos á pedir sin tardanza al Supremo Jerarca que os nombre y elija nuestro caudillo.

La voz de los más antiguos Pastores de la Iglesia Mexicana voló rápida hasta el trono del Vicario de Jesucristo. La siguió el sufragio del alto clero del Arzobispado; y el Sumo Pontífice, al ver esta unidad de senti-

mientos, fijó desde luego sus ojos en vos; y sin que dejara resonar en torno suyo ninguna voz extraña, determinó enviaros el palio arzobispal de México, cuando apenas habían transcurrido tres meses desde el fallecimiento de vuestro lamentado Predecesor.

Gloria al Sumo Pontífice León XIII, que con tanta benignidad escucha los ruegos de sus hijos, que con tanto acierto asigna á los rebaños particulares los Pastores que les convienen. Gloria á la Iglesia Mexicana, que en medio de tantas adversidades, ha podido conservar al menos el dón precioso de su libertad. Gloria á vos, Señor Arzobispo, que debéis vuestra elección únicamente á la gracia de Dios, al favor de la Santa Sede Apostólica, y al sufragio verdaderamente libre de vuestros actuales hermanos en el episcopado, de vuestros antiguos compañeros en el Cabildo de esta Metrópoli.

¡Cuánto me halaga el insigne honor, que por invitación vuestra me ha cabido, de ungiros con mis indignas manos Sumo Sacerdote, de colocar sobre vuestros hombros el sagrado Palio emblema de vuestra preeminencia y jurisdicción. Duéleme tan solo no haber podido transmitir os íntegra la herencia de vuestro Predecesor. No miro ya sentados á vuestra mesa á los Pastores de las lejanas diócesis del Sur y del Norte, que circundaron á Aquél hace dos años en este mismo lugar. Ni aun los pocos sufragáneos que restan á México se ven todos á vuestro lado. La nueva división jerárquica, la reciente creación de nuevas metrópolis, que deberá servir más tarde para estrechar los lazos de unión que quiere el Sumo Pontífice que ligue al Episcopado Mexicano, á vos por de pronto parece que será poco benéfica; y si bien

disminuirá el peso y la responsabilidad que tanto os asustan, menguará también los honores que habría deseado se acumularan sobre el nuevo Metropolitano de México.

Como quiera que sea, aunque ya no sufragáneo de la Sede que ocupáis, contad en todo y para todo con la cooperación de vuestro consagrante. Soldado soy de la Iglesia; y ya sea como jefe, ya sea como simple gregario, ya en lo más recio de la pelea, ya tan sólo custodiando los bagajes, tendré á sumo honor el pertenecer á la santa falange de los sacerdotes de Cristo, importándome poco el puesto que en ella se me asigne, siempre que pueda contribuir á la gloria de mi Madre la Iglesia, y luchar por ella, cuando no de otro modo, presentando mi inerme pecho á los embates del enemigo.

Señor Arzobispo: aún resuenan en mis oídos las palabras que tres veces me dirigisteis esta mañana, al entonar según el rito: *ad multos annos*. Acepto el augurio. Sí: quiero servir por muchos años á la Iglesia de Cristo. Así como le consagré mi juventud, así como he trabajado por ella infatigable en mi edad madura, quiero que para ella sean mis últimos días, y exhalar en su servicio el postrer aliento. Quiero trabajar y vivir á vuestro lado; que el báculo que he puesto en vuestra mano no caiga ni se rompa antes que el que tanto tiempo me ha sostenido; y al apurar con vos esta copa, os devuelvo el augurio que acabo de aceptar, diciéndoos una y mil veces: *ad multos annos*.



PRIMERA CARTA PASTORAL

A SUS NUEVOS DIOCESANOS DE

SAN LUIS POTOSÍ.